

DOMINGO XX ORDINARIO

Queridos hermanos y hermanas:

El camino del cristiano no es fácil. Si el domingo pasado nos invitaba Jesús a la vigilia, hoy pone el acento en la fortaleza que necesitaremos para ser coherentes con nuestra decisión de seguirle a Él en su camino.

Tanto el ejemplo del profeta Jeremías, signo de contradicción, como el aviso que Jesús nos hace sobre la división que Él mismo va a provocar en nuestra vida, nos indican que la fe es exigente y que nos pone ante opciones que nos van a pedir mucha energía.

La lectura de Hebreos también nos invita a seguir nuestro camino, como una carrera en el estadio, con los ojos fijos en Cristo Jesús, que es quien lo ha recorrido modélicamente.

Es sorprendente lo que nos dice Jesús en el Evangelio, con imágenes muy expresivas. Él no ha venido a traer "paz", sino "guerra". Como él luego diría: "mi paz les dejo, mi paz les doy", habremos de pensar que esa paz suya debe ser distinta de la que ofrece el mundo. Nos dice también que ha venido a prender "fuego" en el mundo: quiere transformar, cambiar, purificar. Nos avisa que esto va a "dividir" a la humanidad: unos le van a seguir, y otros, no. Y eso dentro de una misma familia. Jeremías, en el Antiguo Testamento, provocó la división, porque eran palabras exigentes las suyas. Cristo, que había venido a "reunir a los hijos de Dios dispersos", se convirtió también - ya lo anunció el anciano Simeón a María y José en el Templo- en signo de contradicción.



Seguirle a él requiere una opción personal consciente y enérgica. Claro que Cristo quiere la paz. Ha venido a reconciliar al hombre con Dios y a los hombres entre sí y a cada hombre consigo mismo. Ha venido a reunir a los hijos de Dios dispersos, no a dividir. Llama bienaventurados a los que trabajan por la paz. Pero se ve que hay dos clases de paz y hay una que él no quiere: la paz perezosa, hecha de compromisos con este mundo, la paz de los que se instalan cómodamente y no se deciden a seguir caminos exigentes.

Cuando habla de "prender fuego" no habla del fuego que devasta los bosques, sino del fuego de un amor decidido, de una entrega apasionada, como la de él. Es el fuego del Espíritu que dará a los suyos en Pentecostés y que bajó precisamente en forma de lenguas de fuego sobre la comunidad y la transformó completamente. Jeremías, en sus "confesiones", dice que tuvo tentaciones de dimitir de su misión profética, pero que no podía: "había en mi corazón algo así como fuego ardiente", que era la Palabra de Dios, y por eso siguió fiel a la voz de Dios.

Si en nuestro seguimiento de Cristo sólo buscamos paz y consuelo para nuestros males, o la garantía de obtener unas gracias de Dios, no hemos entendido su intención más profunda. El evangelio, la fe, es algo revolucionario, hasta inquietante, que intenta transformar nuestras vidas.

Ser fieles a Jesús muchas veces también a nosotros nos produce conflictos. El que se acerca mucho a Cristo se quema. No podemos contentarnos con las cosas dulces y consoladoras que leemos en el evangelio, olvidando las que nos enfrentan a opciones más conflictivas.

Estamos en medio de un mundo que tiene otra longitud de onda, que aprecia otros valores, que razona con una mentalidad que no es necesariamente la de Cristo, y muchas veces reacciona con indiferencia -cuando no con hostilidad, burla o incluso con una persecución más o menos solapada-, ante nuestra fe y nuestro testimonio del estilo de vida del Evangelio.



La vivencia de la fe produce a veces divisiones en una misma familia o en un grupo. Ante Cristo uno no se puede quedar neutral e indiferente. Tener fe hoy y vivir de acuerdo con ella es una opción seria. No se puede compaginar alegremente el mensaje de Cristo con el de este mundo. No se puede "servir a dos señores". Siempre resulta incómodo luchar contra el sentir ambiental, sobre todo si es más atrayente, al menos superficialmente, y menor exigente en sus demandas. Ser cristiano es optar por la mentalidad de Cristo, por la manera que tiene él de ver las personas y la historia. No se puede seguir adelante con medias tintas y con compromisos. En la moral, por ejemplo, el evangelio es mucho más exigente que las meras leyes civiles.

Si un atleta no sabe despojarse de lo que le estorba y renunciar a lo que le impide estar en forma para la carrera, ganará pocas medallas. El evangelio es un programa de vida para fuertes y valientes. No nos exigirá siempre heroísmo -aunque sigue habiendo mártires también en nuestro tiempo-, pero sí nos exige siempre coherencia en la vida de cada día, tanto en el terreno personal como en el familiar o sociopolítico.

Sería buscar una falsa paz el que lográramos demasiado fácilmente conjugar nuestra fe con las opciones de la moda y de la estadística, a base de camuflar las diferencias entre ambas o buscar un cristianismo "light". La paz de Cristo, la verdadera, está hecha de fuego y de lucha. Claro que es más "pacífico" que los pastores de la comunidad cristiana, desde el Papa hasta el último diácono, no digan más que palabras de consuelo y halago: pero tienen que decir lo que ellos creen que es la verdad conforme al evangelio, y eso, muchas veces, suscita reacciones violentas de oposición, por ejemplo, cuando meten el dedo en la llaga de la injusticia social o del permisivismo moral o la defensa de la vida.

Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador